



MEMORIAS: RECORDANDO A LOS DIFUNTOS

*Dinorah Zapata Vázquez
Juan Adán González Villarreal
Compiladores*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CRÓNICAS

I



LIBROS UANL

MEMORIAS:
“RECORDANDO A LOS DIFUNTOS”

Serie: Crónicas I

Ediciones de la Hacienda San Pedro



MEMORIAS: “RECORDANDO A LOS DIFUNTOS”

Dinorah Zapata Vázquez
Juan Adán González Villarreal
Compiladores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, NUEVO LEÓN, MÉXICO, 2025

Primera Edición, UANL 2025

ISBN: 978-607-27-2698-7

Santos Guzmán López

Rector

Mario Alberto Garza Castillo

Secretario General

Jaime Arturo Castillo Elizondo

Secretario Académico

José Javier Villarreal

Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

Director de Editorial Universitaria

Dinorah Zapata Vázquez

Coordinadora del Centro de Información de Historia Regional

Hacienda San Pedro

© Universidad Autónoma de Nuevo León

Dirección de Editorial Universitaria

Padre Mier No. 909 Pte. esquina con Vallarta, Centro, Monterrey, Nuevo León, México,
C.P. 64000

Teléfono: (81) 8329 4111

e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

Esta publicación, en su integridad y los derechos contenidos en ella, está protegida por la Ley Federal de Derecho de Autor y la Ley Federal de Protección a la Propiedad Industrial, por lo que no podrá ser reproducida con fines comerciales sin autorización del editor. Asimismo, queda prohibido cualquier uso de esta publicación, sea total o parcialmente, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, incluyendo, pero no limitado, a la generación y/o publicación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra y en cualquiera de sus partes, pertenecientes a la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través de la Dependencia Universitaria que corresponde. Las violaciones a estas disposiciones constituyen una infracción en materia de comercio, derechos de autor y un delito.

Impreso en Monterrey, México

Printed in Monterrey, Mexico



MEMORIAS:
“RECORDANDO A LOS DIFUNTOS”

PRÓLOGO

El Día de Muertos es una de las máximas tradiciones de la rica herencia cultural mexicana. Sus raíces se remontan a la época virreinal, pues durante los procesos de conquista y evangelización, los colonizadores europeos introdujeron en el continente las fiestas religiosas del calendario católico, incluyendo el Día de Todos los Santos y el Día de los Fieles Difuntos. Durante esos dos días, los creyentes no sólo participaban de los actos litúrgicos en honor a los difuntos, sino que también organizaban verbenas populares y visitaban y adornaban las tumbas de sus seres queridos ya fallecidos. Las celebraciones en honor a los difuntos trascendieron al paso del tiempo, de modo que hoy en día forman parte de la identidad cultural de nuestro país.

En un esfuerzo por divulgar estas tradiciones mexicanas, que dan sentido de pertenencia y que definen los valores característicos de nuestro país, el pasado 2024 la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Información de Historia Regional y Hacienda San Pedro y de la Preparatoria No. 17, lanzó la convocatoria literaria “Recordando a los difuntos” entre la comunidad estudiantil y docente de este plantel. El objetivo del certamen era que estudiantes y trabajadores de la preparatoria escribieran y postularan crónicas en memoria de sus seres queridos fallecidos, como acto conmemorativo por el Día de Muertos. Todos los trabajos participantes fueron evaluados

por un jurado calificador integrado por tres destacados historiadores —el profesor Juan Ramón Garza Guajardo, la maestra Susana Julieth Acosta Badillo y el licenciado José Ricardo Treviño Chavarría—, quienes seleccionaron los trabajos que, a su juicio, destacaron por su calidad literaria, originalidad y creatividad.

El resultado final de ese certamen es este libro titulado *Memorias: Recordando a los difuntos*, que compila toda las crónicas seleccionadas y que constituye un testimonio no sólo de las inquietudes y del talento literario de los estudiantes, trabajadores y profesores universitarios de este plantel, sino también de su profunda sensibilidad, respeto y admiración hacia el recuerdo de sus seres queridos fallecidos. Felicitamos a los autores de este libro: los estudiantes Angélica Guadalupe Ontiveros de la Rosa, Óscar Eduardo Villanueva Rico, Bernardo Vázquez González, América Abigail Ramírez Gutiérrez, Citlalic Alejandra Morales Ríos y Andrea Yazmín Dimas Martínez, así como los trabajadores y docentes Mirta Treviño de la Garza, Cecilia Espinosa Boeta, Leslie Joyce Montejano Martínez y Evelia del Carmen Boeta López.

Memorias: Recordando a los difuntos es una antología que busca rendir homenaje a quienes se nos han adelantado en el camino, y que al mismo tiempo pretende despertar el interés de las nuevas generaciones por la honda significación de una de las celebraciones más nuestras de la cultura popular regional.

Dr. Juan Adán González Villarreal
Director de la Preparatoria No. 17
Universidad Autónoma de Nuevo León

MEMORIAS:

“RECORDANDO A LOS DIFUNTOS”

ALMAS GEMELAS

Angélica Guadalupe Ontiveros de la Rosa
Seudónimo: Joujou

Categoría Juvenil

La primera vez que nuestras realidades chocaron fue en una sala de cine. Era el cumpleaños de mi mamá y también mi primera vez en el cine; era un día especial. Estuvimos allí, uno sentado al lado del otro, sin saber en absoluto lo que implicaría volver a vernos en el futuro.

No pasó mucho tiempo para que de nuevo apareciera frente a mí.

En mi niñez, solía quedarme en casa todo el día después de llegar de la primaria, pero los domingos era usual para mí, salir a jugar, podía pasar todo el día en la calle andando en bicicleta, y estaba bien porque mis padres estaban en casa a diferencia del resto de la semana. Fue entonces, un domingo, un año después de nuestro primer encuentro, cuando lo vi frente a mi casa, corriendo de un lado a otro. No era mi intención conocerlo, pero me emocionaba que hubiese otra persona de mi edad en la colonia. Así que le hablé.

Mirando al pasado, me doy cuenta de lo genial que era hacer amigos. Solo era necesario saludar y preguntar si podíamos serlo, ¡y claro!, también preguntar por su nombre, aunque yo tardé días en preguntar por el suyo. A

la semana de pasar todas nuestras tardes juntos, me dijo:
—Soy Marycler, ¿tú cómo te llamas?

Todos los días se convirtieron en solo nosotros disfrutando de la compañía del otro. Por excepción de la escuela, porque estudiábamos en lugares diferentes. Un día, él convenció a su madre de cambiarlo y ella procedió.

Iba tan perfectamente, incluso si nuestras aulas eran diferentes en cada año. Nos veíamos en los recreos y eso siempre parecía suficiente. Pero llegó quinto año, y con ello, el autodescubrimiento llegó también. Un día, me confesó: «Quisiera parecerme a él», refiriéndose a su hermano. Comenzó a actuar como él. Su cabello se recortaba más y más conforme pasaban los meses; su ropa se hacía cada día más holgada. Yo siempre estuve en ese proceso, pero un día eso dejó de agradarle y se alejó. Para mí, que él era mi única amistad sincera, fue como una granizada cayendo sobre mí.

La cuarentena se hizo presente, pero yo lo seguía viendo salir, usando grandes camisas con las que algo pretendía ocultar. Los gritos de su madre se escuchaban siempre por las noches, y cuando el silencio reinaba al fin, él salía a llorar debajo de ese árbol de anacahuita que tanto amaba. Su padre venía cada domingo, lo llevaba con él, y cuando eso pasaba, siempre estaba yo ahí observando, le mostraba una sonrisa esperando que la interpretara como una manera de volver si lo necesitaba.

Imaginé que, al cumplir años, él me hablaría y, efectivamente, así fue: llegó a casa como una persona totalmente diferente, me abrazó y me dio un regalo; su voz era un poco más gruesa y ahora tenía más vellos en los brazos de los que solía tener, no estaba usando una camisa *over size* pero sus pechos no se notaban ni un poco, me sentí feliz por él, se veía como quien siempre quiso lucir.

Pasamos días y noches hablando, fue cuando me hizo parte de su cambio, y supe que su nombre ya no era Marycler, era Alex. Alex y yo fuimos de nuevo inseparables, pero solo duró un mes porque me vi obligada por mis padres a mudarme temporalmente con mi abuela, teníamos contacto cada día y siempre estaba allí cuando la pasaba mal, y de pronto comenzó a mencionar a un chico.

Lo veía siempre emocionarse por él, por sus miradas, palabras y acciones, lo hizo también mi amigo, y éramos ya un grupo: Alex, Erick y yo a kilómetros de distancia. Un día, después de 8 meses en casa de mi abuelita, harta de estar tan lejos, volví con mis papás, los días en casa eran más difíciles a los que estaba acostumbrada, pero estaban siempre ellos junto a mí.

Alex, conforme pasaba el tiempo, comenzaba a tener padecimientos, tos, vómitos, mareos y nada tenía un buen rumbo, por más que su madre lo llevaba al médico, por más que acudían a una y otra parte, no sabían que era.

Ya era diciembre, en su cumpleaños, el 26 de diciembre de 2021, Erick y yo juntamos lo suficiente para regalarle un *binder* y lo llevamos a su casa envuelto, su madre nos recibió y lo llamó, su apariencia era tan decaída, pálida y vacía, se lo dimos y su madre insistió en que lo abriera allí mismo, recuerdo que comenzó por quitar las cintas que lo envolvían, y fue tan lento. Tuvo un mareo, pero su mamá lo sostuvo, terminó por abrirlo y cuando su madre lo vio nos sacó tan rápidamente de la casa.

Vi a su madre días después, se disculpó con Erick y conmigo, pero era todo tan raro, llegó entonces enero, no vi a Alex en todo ese mes porque al parecer tenía que recibir quimioterapias, y en algún momento todo resultó bien y estaba de nuevo saliendo con nosotros.

Pero un día, simplemente dejó de estar en casa y, para julio del 2022, su madre habló con la mía sobre él, había muerto dos meses antes. Me sentí destruida y fui a visitarlo con ayuda de mi mamá. La primera vez viendo esa tumba fue irreal y de la peor manera que existe. Estuve días y quizás meses sin ninguna aparente emoción.

Alex siempre será para mí una persona de suma importancia. Me gustaría que el día en que yo muriese, quien sea que dirija el mundo, y la vida, me diera la oportunidad de ser su amiga de nuevo, de sentir esa conexión tan especial y linda que sentí alguna vez con él, pero, de no poderse, sé que él siempre va a estar aquí en mi corazón y agradezco al destino por ponerlo frente a mí.

En memoria de Alex, mi hermosa alma gemela, a quien siempre llevaré conmigo, te amo demasiado.

RECORDANDO A MAMÁ TITA

Mtra. Mirta Treviño de la Garza
Seudónimo: Lady Diamond

Categoría Senior

Con gran cariño vienen a mi mente gratos y significativos recuerdos de “Mamá Tita” mi abuela materna, una mujer incansable y trabajadora, cuyos dotes culinarios eran sobresalientes y reconocidos en el tranquilo pueblo de Ciénega de Flores. Comerciante por decisión y panadera por vocación; su rica repostería atraía a vecinos, familiares y amigos de la cabecera municipal a su tendajo o tienda de abarrotes, incluyendo una selectiva clientela: los niños de la escuela primaria que pasaban frente al local.

Nadie se podía resistir al aroma que a diario desprendía ese sabroso pan, avisando que estaba listo. El fuerte olor a pan recién horneado se expandía por la plaza principal, pasaba por la iglesia y llegaba hasta la escuela. De solo pensarlo, se antoja comerlo. El aroma del pan de Clarita era memorable y el sabor era incomparable, afirmaban los lugareños, quienes a diario saboreaban, ya sea en el desayuno o merienda una variedad de panecillos, desde semitas, empanadas rellenas de diferentes mermeladas, hojarascas, tostaditos, turcos preparados con carne de puerco, pasas y nuez, polkas y otros más. En realidad, era toda una experiencia única, el exquisito sabor del pan era

irresistible a cualquier paladar. Esa diversidad de productos, en su mayoría, tenían como ingrediente característico la levadura, además, eran almacenados en castañas; también eran exhibidos para su venta en las vitrinas del tendajo, y para que así cualquier cliente tuviera al alcance una rica y dulce tentación.

Su gusto por la cocina y la repostería de gran calidad, llevaron a Mamá Tita a ser una destacada proveedora de sus emblemáticos panes en hoteles de renombre, localizados en el centro de Monterrey, como el Gran Hotel Ancira y el Hotel Ambassador. Dichos lugares ofrecían ese sabroso y dulce manjar, preparado artesanalmente por las mágicas manos de doña Clarita, a mediados del siglo XX.

Tía Seve, mami y mis tías también colaboraban en esta ardua y prolongada labor; no obstante, mi abuelita Clarita nunca permitió que alguien amasara la masa. Ella sin pesar, ni medir los ingredientes los iba mezclando uno a uno, vaciando un poco del costal de harina, tomando la manteca o azúcar a su manera especial, repito, sin pesar nada. Era tal su experiencia, que pronto tenía preparada la masa para los distintos panecillos; diariamente, no podía faltar en la cocina: la canela, el anís, la levadura, el piloncillo y las mermeladas hechas en casa, como parte importante para la elaboración de los productos.

La familia reunida, en torno al pan, colaboraba de diferentes maneras, muchas veces mami era la encargada de calentar el horno de piedra y adobe, aunque el conflicto iniciaba cuando Mamá Tita le decía: “Lupe, abre el cocedero para que salga el calor” y Tía Seve daba una contraindicación: “Lupe, cierra el cocedero para que no se salga el calor”. En esa época, no había moldes modernos o charolas para la repostería. En su lugar en cambio, se utilizaban hojas de lámina tomadas de los botes grandes de

manteca, que usaban con mucha frecuencia en la cocina. Recuerdo como mi abuelita sacaba del horno las hojas de lata (charolas) repletas de pan, cuyo aroma se expandía por el lugar.

Sinceramente, Mamá Tita siempre rendía tributo a la cocina norestense y a los platillos típicos y regionales, los guisados que preparaba eran deliciosos y su forma de guisar, con ese toque especial al emplear manteca de puerco, daba a los guisos un excepcional sabor. El cabrito asado era su platillo favorito; no obstante, sus destrezas culinarias y el gusto por la gastronomía, la impulsaban a preparar con frecuencia fritada, mole, cortadillo, carne de puerco con calabaza, acompañados de una guarnición de arroz o de frijoles refritos, entre otros apetitosos platillos.

En Semana Santa le encantaba preparar la tradicional y rica capirotada. ¡Tantas memorias! ¡Bellos recuerdos! Mamá Tita fue una excelente cocinera, su arte en la cocina, y su sazón nunca pasaron desapercibidos, A diario preparaba succulentos alimentos en enormes cazuelas de barro, ella solía usar vasijas como jarros y ollas grandes de cobre donde nos deleitaba con sus ricas carnitas de puerco, y qué decir de la salsa hecha en el molcajete, esa no podía faltar.

Otra práctica común de ella era la preparación artesanal de carne seca, para consumo familiar. Ella era toda una profesional. Siempre están presentes en mí esas imágenes de mi abuelita Clarita tomando las cecinas de carne, que previamente había salado y colocado durante algunos días en secadores improvisados, que captaban el sol para que el proceso de secado o deshidratación se realizara, y cómo colocaba esos tasajos de carne encima de un pequeño tronco, para después, con un mazo pequeño golpear de forma suave hasta lograr triturar esa carne. Luego procedía a desmenuzarla manualmente y así tener importantes

reservas para preparar el tradicional y reconocido platillo mexicano de nuestro municipio: el machacado con huevo.

¡Y qué decir de las actividades para entretenerse! ella era guapísima para tejer con gancho, pasaba horas tejiendo manteles grandes y pequeños, redondos y cuadrados, sobrecamas con flores, corredores de mesa, toallitas para los sillones y para colocar en las mesas de centro o laterales y en otros muebles, como los burós.

Mamá Tita era una mujer tenaz, con muchas otras habilidades. Ella gustaba también de hacer colchas (conijas tipo edredones) con dibujos de flores, trazadas con gis, en la tela que luego eran delineadas y bordadas cuidadosamente con agujas especiales. Esas colchas estaban rellenas con lana de los borregos que mi abuelito esquilaba, esa lana se cardaba (es decir, se alisaba con un cepillo especial, con dientes de fierro) y se lavaba muy bien antes de ponérsela a esas cobijas que eran muy calientitas y usadas en su época. Algunos de sus nietos presenciamos el proceso de elaboración de esas colchas gruesas y bellamente decoradas, fuimos testigos de cómo extendían los tablones o bastidores delgados de madera (que medían más de dos metros de largo y formaban un marco donde se trabajaría), cuya función principal era colocarlos estratégicamente para estirar la tela, quiero aclarar que se requerían varias manos para extender ese lienzo. También varias personas podían ayudar en el trazado de las figuras o bien, colaborar en el bordado de flores o trazos dibujados para decorar la colcha.

Podría seguir enumerando muchas más actividades que Mamá Tita solía realizar, pero considero que estas líneas resumen aspectos destacados de una gran mujer que nació en 1900 y partió casi a los 90 años, mi abuelita fue una mujer longeva, que gozó de salud y bienestar, que poseía grandiosas habilidades culinarias y una memoria

extraordinaria, recordaba con facilidad acontecimientos, cumpleaños, eventos, historias, etc.

Mamá Tita consentía a todos los nietos, nos quería muchísimo ¡era excepcional! Ella fue siempre una luz cálida en nuestras vidas, estoy segura de que nos dejó como herencia grandes valores, además del esfuerzo diario por el trabajo y el gusto de la repostería mexicana como patrimonio familiar. Nos toca ahora conservar, preparar y compartir con los jóvenes esta sabrosa tradición que ha pasado de generación en generación.

ES POSIBLE VIVIR UN SIGLO EN 47 AÑOS

Cecilia Espinosa Boeta
Seudónimo: C. Boeta

Categoría Senior

No fue amor a primera vista el que sintió la señorita Laura González y el señor José Luis Espinosa, pero una vez que se conocieron mejor, siguieron los sentimientos y dichosamente decidieron unirse en matrimonio en 1974. Ambos provenían de Monterrey, Nuevo León, e hicieron ahí de su casa un hogar, que, aunque sin lujos, era muy agradable.

La joven pareja esperaba su segundo hijo cuando Laura sufrió la pérdida de su madre. Esta narración es acerca de ese bebé, que desde el vientre, aún sin haber nacido, ya estaba experimentando emociones intensas a través de su mamá. Mi padre, Daniel Espinosa González, nació el 24 de octubre de 1976 en Monterrey, sin duda era un niño muy inquieto.

Digamos que su infancia transcurrió con naturalidad, aunque con varias travesuras que a veces terminaban en accidente. No obstante, el pequeño Dani realizaba las actividades que cualquier niño regiomontano de los años 80 hacía: visitar a la abuela los domingos, jugar con sus primos, salir con los amiguitos de la cuadra, a veces ver televisión. Era un niño muy hiperactivo, hostigoso pero de muy buen corazón, de hecho, solía defender a los perritos de los niños malos, aunque esto le trajera las burlas de sus compañeros.

Navidad 1988, el padre de Daniel sufre de un preinfarto y es hospitalizado.

Día de los Santos Inocentes, 28 de diciembre de 1988, no es una broma como algunos se aferraban a creer, esta vez el corazón del señor José Luis Espinosa no resistió y falleció a los 48 años, una lágrima caía por su mejilla.

Mi papá tenía entonces 13 años y fue así como tuvo que obligarse a crecer para ayudar a su familia. Aprendió a manejar y a generar ingresos a como diera lugar, así fuera en Acapulco, en donde pasó una temporada solo. Lamentablemente, el estar tanto tiempo en la calle a una temprana edad trae consigo sus desventajas, fue lo que ocurrió en este caso, por lo tanto, también aprendió a fumar, a tomar y se involucraba en peleas callejeras.

El joven Daniel, a pesar de todo, terminó la preparatoria y estuvo un breve tiempo en la universidad, que por una u otra razón nunca terminó. Tuvo numerosos trabajos a lo largo de su vida: fue auxiliar en un restaurante, transportaba cuerpos para una funeraria, asistente de una cafetería, *bartender* en un sitio de mala fama, bibliotecario en una preparatoria, mesero, entre otros. Además gustaba mucho de hacer ejercicio e ir al gimnasio.

Siendo mesero fue como mi padre se fijó en una joven que respondía al nombre de Beatriz. Una linda dama tampieña, que era *hostess* en el mismo restaurante.

Dicen que los opuestos se atraen, y así Daniel y Beatriz decidieron unir sus vidas en una modesta ceremonia sin importar el contraste que había entre ellos. Decidieron residir en Ciénega de Flores, Nuevo León, en donde formaron una peculiar familia de entornos mezclados. Pronto tuvieron a su primera hija, Sofía, que además de ser el fiel reflejo de su padre, heredó su temperamento y su fuerza. Ya entrado el nuevo milenio nació yo, su segunda hija, Cecilia.

Mi hermana y yo pasamos una infancia llena de regalos y paseos gracias a mis padres que siempre se esforzaban por salir adelante. No importaba que tan cansado era, mi papá, o mejor dicho *Big Dany* (como le apodábamos sus hijas), se desplazaba en moto hasta la ciudad para llegar a sus dos trabajos: en un despacho contable y como repartidor. Gracias a su trabajo, retomó sus estudios y redescubrió su pasión por la contaduría.

Mayo 2016, un auto colisionó contra su motocicleta. Desde ese preciso momento ya no pudo caminar con normalidad, la silla de ruedas y el bastón eran necesarios, afortunadamente contaba en todo momento con el apoyo de mi madre. Después de la recuperación, intentó retomar su trabajo, pero contrajo neumonía en el hospital.

Navidad 2016, los Tigres son campeones en la apertura, pero no hay emoción. «Entúbenme, no puedo respirar» decía débilmente mi padre en el hospital, y así pasó en coma el año nuevo, el día de reyes... afortunadamente la mejoría fue evidente y procedieron con la recuperación.

Mayo, junio, julio 2017, ya se había cumplido un año desde el accidente. Los meses pasaban, y a pesar de que su neumonía se había curado, los problemas de salud persistían. Estudios aquí y estudios allá, fue difícil dar con el problema, pues resulta que se trataba de insuficiencia cardíaca y se debía realizar una cirugía a corazón abierto. Cuando los médicos examinaron las venas se sorprendieron al ver que no coincidían con las de un hombre de 40 años, sino con las de un anciano de avanzada edad, sin duda el vivir la vida con demasiada rapidez le pasó factura. Pero, otra vez las cosas salieron bien.

Ni la pensión definitiva, ni el bastón o la silla de ruedas lo detuvieron, siguió generando ingresos por su cuenta ya fuera como chofer, como contador, vendiendo casas,

inciensos... siempre tenía ideas. La ventaja es que pasaba ahora más tiempo en casa conviviendo con su familia. A *Big Dany* y a mí nos encantaba ver televisión, ya fuera *Malcolm el de en medio* o las películas de *El Padrino* al menos una vez al año.

2021, este año insuficiencia renal, la diálisis es necesaria, pero «sí se puede».

2024, «¡Feliz año nuevo!» y, como solía hacer en los últimos tiempos, le daba a mi padre el abrazo más fuerte que podía para recibir el año, con el temor de que fuera el último...

Iniciamos el año con hospitalizaciones por peritonitis, me preocupaba mi papá, pero me obligaba a verlo como algo usual, nunca me atreví a visitarlo.

«Este año bisiesto será como ningún otro, ¿y si vamos todos a desayunar a un lugar especial?» Le exclamaba con emoción a *Big Dany* pues lo habían dado de alta y aceptó celebrar el año bisiesto conmigo.

27 de febrero de 2024, una recaída. «Entúbenme, no puedo respirar» decía débilmente mi padre en el hospital, nuevamente. Jamás despertaría.

28 de febrero de 2024, «¿qué está pasando?», nos preguntamos mi hermana y yo sin poder articular más palabras, pues esta vez el corazón de mi papá no resistió y falleció a los 47 años, una lágrima caía por su mejilla.

29 de febrero de 2024, ya era mi ansiado año bisiesto y no cabe duda que fue único. Pasé el día con él y no por las razones que imaginaba, pues fue el día de su entierro.

LA ESTRELLA QUE NUNCA PUDO BRILLAR

Oscar Eduardo Villanueva Rico

Seudónimo: V-Anzu

Categoría: Juvenil

Recuerdo claramente el día en que me dijeron que iba a ser hermano nuevamente. No era algo nuevo para mí; ya tenía un hermano mayor, pero esta vez, la noticia me hizo sentir diferente. “Ahora serás el mayor”, me decían. Imaginé cómo sería tener alguien a quien cuidar, a quien enseñarle mis juegos, mis trucos para hacer la tarea más rápido, e incluso cómo defenderlo en el patio de la escuela. La idea de tener a alguien a quien guiar, a quien proteger, me llenaba de ilusión. No podía esperar a que llegara el día en que lo tuviera junto a mí.

Yo tenía nueve, quizá diez años. Estaba en primaria, y aunque no entendía del todo lo que significaba la llegada de un nuevo miembro a la familia, me encantaba la idea. Me la pasaba imaginando cómo sería: cómo jugaríamos juntos, cómo le enseñaría lo que yo ya sabía. A veces, incluso, me veía siendo su héroe. Pero todo eso se quedó en simples sueños, en pensamientos que nunca se hicieron realidad.

El día llegó. O, mejor dicho, el día nunca llegó como lo esperaba. La vida, en su misteriosa forma de actuar, decidió que mi hermano nunca respiraría el mismo aire que yo. Pasé meses imaginando su rostro, su risa, cómo lo cuidaría, pero nunca lo conocí. La ilusión de verlo llegar se apagó

de repente. Él nunca tuvo la oportunidad de abrir sus ojos, de brillar ni por un instante. Lo que imaginé como un momento de alegría se convirtió en un silencio abrumador. No tuve la oportunidad de sostenerlo en mis brazos, ni de enseñarle a andar en bicicleta. Solo pude sostener la idea de lo que pudo haber sido, de una luz que nunca llegó a encenderse. Y duele. Duele, más de lo que puedo describir con palabras.

Lo que más me marcó fue ver a mi mamá. Ella lo llevó dentro durante nueve meses, lo sintió moverse, le habló, le hizo promesas.

Nunca dudó de que él estaría con nosotros. Pero la realidad fue otra. Ver cómo todo eso se desvaneció en un instante fue desgarrador. No había consuelo suficiente para su pérdida. Quise ayudarla, quise ser fuerte por ella, pero... ¿Cómo se consuela a alguien que ha perdido tanto? Mi dolor, aunque profundo, no se comparaba con el suyo. Ella lo sintió más que nadie; lo tuvo tan cerca, pero nunca lo vio brillar. Como una estrella que se esperaba con ansias, pero que nunca mostró su luz, quedando en un vacío, en una promesa que jamás se cumplió.

Mi vida cambió ese día. Ya no solo vivía por mí; comencé a sentir que debía vivir por los dos. Aprovechar cada día, cada momento, porque él nunca tuvo la oportunidad de hacerlo. Decidí echarle ganas a la vida, como dicen. Ser lo mejor que puedo ser, no solo por mí, sino por él, por esa vida que nunca llegó a ver la luz. No hay día que pase en el que no piense en lo que pudo haber sido, en lo que pudimos haber compartido. Pero también, he aprendido a seguir adelante. A vivir, a sentir, y a hacer todo lo que él nunca pudo.

En su breve existencia, mi hermano me enseñó algo profundo: la vida es efímera, frágil, y debemos aprovecharla

al máximo. No importa si nunca llegó a brillar, su ausencia dejó una marca imborrable. Como una estrella que, aunque nunca iluminó el cielo, siempre estará presente en nuestro corazón, en lo que pudo haber sido.



LA ESTRUCTURA DE UNA CANCIÓN

Bernardo Vázquez González
Seudónimo: Oscar Schmidt

Categoría Juvenil

La definición de un padre puede ser subjetiva para las personas. Algunos pueden decir que un padre es alguien que te da un hogar y cuida de ti; para otros, puede ser alguien que siempre está presente para corregirte y enseñarte valores. Pero mi definición es mucho más personal, para mí un padre es la historia de uno mismo; es ser el responsable de dirigir toda una vida humana desde cero, guiándola y acompañándola desde sus primeros años ,dándole sentido y dirección hasta que esa vida sea capaz de dirigirse por sí sola, para al final apreciar como ésta encuentra el éxito en ella.

La elaboración de esta crónica literaria es más que una simple “tarea”, siento que es una forma de analizar toda una situación, y reflexionar sobre ella, para encontrar una conclusión a un tema que, para mí puede llegar a ser muy complejo.

Noviembre del 2009 – Orden de Ideas, Libreta y Lápiz en mano

El 4 de noviembre del 2009. alrededor de las 9 de la noche, se me dio el mejor nombre y apellidos que pude haber recibido, Bernardo Vázquez González, es exactamente el mismo nombre de mi padre. Mi madre me repite mucho el cómo fue verme por primera vez, me cuenta que al salir del hospital no podía haber más felicidad que el saber que se ha formado una familia desde cero, era solo pensar en todos los planes a futuro y todas las cosas y momentos que estaban por venir.

Siempre he relacionado mucho a mi padre con la música, lo reconozco por el gran músico que es y la habilidad que tenía para tocar el bajo sexto, bajo, guitarra y el desempeño para componer canciones que, aunque nunca tuve la oportunidad de escuchar, siempre he estado seguro de lo buenas que son.

El encabezado “Orden de Ideas, Libreta y Lápiz en Mano” hace referencia a la primera parte de la elaboración de una canción, que es por lo que más recuerdo a mi padre, una persona que pasaba gran parte de su tiempo libre escribiendo sobre la mesa en su cancionero blanco, lo cual se relaciona con la nueva etapa de ser padre y sobre todo lo que pudo llegar a enseñarme en estos años.

Junio del 2013 - Intro, Hit-Hat y Tarola

Conforme los primeros días, meses y años pasaban, mis padres cuidaban de mí y salíamos a distintos lados para pasar los primeros recuerdos en familia, hasta que después de 4 o 5 años empecé a generar los primeros recuerdos

en familia sobre nosotros y con uno de mis primeros acercamientos con la música.

Mi padre perteneció a un grupo que iba a tocar a eventos como bodas o fiestas o cualquier otro evento para el que los contrataran. El grupo de nombre “Mando y Mando”, era un grupo principalmente de canciones como corridos nortños o cumbias, canciones para poner ambiente en un evento de este tipo.

Uno de los primeros recuerdos que tengo fue hace muchos años, que ni siquiera me acuerdo mi edad, ni el mes exacto de cuando esto ocurrió, recuerdo ir de noche en el carro con mi madre alrededor de las 9 de la noche, íbamos hacia casa después de un largo día y yo tenía ganas de ver a mi papá, aun sabiendo que no iba a poder ya que estaba en uno de estos eventos y siempre llegaba muy de noche, cuando yo ya dormía. Pero esa vez le insistí tanto a mi mamá de querer verlo que llamó por teléfono a mi papá y me lo dio para poder hablar con él. Le pregunté que dónde estaba y que si hoy si podríamos jugar cuando él llegara a casa, a lo que me dijo, como otras veces, que tendría que ser otro día ya que esta vez llegaría muy noche. Entonces le pregunté que por qué no podía estar con él, a lo que me dijo, “ya sé, mira pásame a tu mamá”. Comenzaron a hablar y no recuerdo que fue lo que le dijo que en unos momentos mi mamá manejando, se detuvo en medio de la calle al lado de una gran casa amarilla como si estuviera esperando a que algo sucediera. Fue cuando vi a mi padre salir por un gran portón gris y se acercó con nosotros, me sacó cargando del carro y me llevó con él hacia el salón. Recuerdo que había mucha gente muy bien vestida y mucho ruido. Mi papá se acercó con sus amigos del grupo; Mando, quien para mí era “el viejito que cantaba”, y otro señor, a quién también le decían Mando, que yo lo conocí como “el señor que se está

haciendo viejito del acordeón”, Lewis que era el baterista y un señor que tocaba el bajo, pero no recuerdo su nombre. Entonces ellos estaban hablando encima del escenario y yo me senté en una silla cerca, me sentía intrigado al ver todos los instrumentos del grupo, había un teclado, el bajo quinto que mi papá siempre cargaba, el acordeón y recuerdo muy bien que había una batería gris que me dio mucha intriga, tanto que le pedí a mi papá que me enseñara a tocarla a lo que le dijo a Lewis que me enseñara a hacer algo con ella. Tan solo tenía como 4 o 5 años y ni siquiera alcanzaba los pedales del bombo y del hit-hat, entonces me senté en el banco y Lewis me empezó hablar sobre una tarola y un ritmo de tres cuartos que en ese momento no le entendí nada, pero para que yo pudiera entender me dijo: “3 veces al platillo y en la cuarta, golpea al tambor de en medio”, lo hice y recuerdo exactamente el sonido, que me había salido bien como para tener 5 años y haber sido la primera vez en tocar una batería. Me quedé haciendo lo mismo como por 3 minutos y recuerdo como la gente de las mesas me miraba con curiosidad. Recuerdo que cuando dejé de tocar debajo del escenario había dos meseros que me decían que volviera a tocar.

Luego de eso me fui a sentar porque el grupo iba a comenzar a tocar y escuché a Lewis decirle a mi papá que me había salido bien y quería ver si algún día podríamos ir a su casa para enseñarme más.

Después el grupo comenzó con varias cumbias y corridos. Me aburrí un poco y entonces me fui con unos niños que también estaban en la fiesta y nos fuimos a jugar al estacionamiento. Al final, mi papá me fue a buscar y me dijo que no me fuera muy lejos y luego llamó a mi mamá para que pudiera irme a casa porque ya era tarde.

Después de esto, le seguí pidiendo a mi papá que me llevara con él cuándo tuviera que ir a tocar y a mi mamá que me dejara con él de vez en cuando, lo que hizo que despertara en mí este gran interés por el mundo de la música. Yendo así en varias ocasiones a acompañar a mi padre a este tipo de eventos, lo que también causó mi primer acercamiento con el piano en otro de estos eventos.

Aquella noche, más que un simple recuerdo y una divertida anécdota, fue el primer reflejo que tuve de mi padre y su relación con la música. Me hizo conocer un mundo nuevo de sonidos y despertó mi curiosidad por todas las cosas sobre este, me generó mucha intriga y emoción desde ese entonces. A partir de ese primer acercamiento con la música de verdad, empecé a aprender y admirar el talento que mi padre tenía para transmitir todo esto, componer y tocar enfrente de tantas personas. Esa experiencia fue lo que me hizo darme cuenta de la importancia de la relación que mi papá tenía con la música y del impacto que esta tendría a lo largo de mi vida.

Marzo del 2014 a septiembre del 2015 - Primero Versos, Momentos Efímeros

Después de esto, empecé a pasar más tiempo con mi papá, tanto por las noches en eventos de este tipo, donde lo acompañaba y me quedaba sentado en el lado oculto de los escenarios admirando como él y su grupo tocaban todas esas canciones, como en vacaciones, donde eran los únicos días que no tenía tanto trabajo, ya que él fue maestro durante el turno de la mañana y el turno de la tarde, y había veces que, esos mismos días, no lo veía por la tarde; se iba a tocar con su grupo por las noches, por lo que casi nunca tenía tiempo para verlo y pasar tiempo con él.

Durante estos cortos periodos de vacaciones, comencé a pasar más tiempo con él, salíamos al campo a jugar con el balón y le pedí que me inscribiera en el equipo de béisbol de Ciénega. Él me acompañó siempre a todos los entrenamientos en los que pudo estar presente y también en mis primeros partidos contra otros equipos de otros municipios que, aunque nunca ganábamos, era bueno saber que había alguien viendo como golpeabas la pelota y luego corrías para tratar de hacer una carrera. Fueron momentos que, aunque parezcan pequeños, tienen un gran significado para mí. También, veía como tocaba canciones, que en ese momento escuchaba por la radio de la casa, como la de “El Vampiro Negro” y recuerdo mucho que modificaba la letra para hacerla más graciosa o divertida. Dibujábamos y jugábamos juntos, también salíamos más veces en familia junto con mi mamá.

Sin duda, este tipo de momentos son de los mejores recuerdos que tengo con él, ya que fueron en donde más tiempo de convivencia llegó a haber entre nosotros. Esta serie de momentos siguieron dándose durante las próximas vacaciones, de los próximos años, los cuales también fueron muy importantes.

Verano del 2016 a marzo del 2017 – Coro, El Peor Final Antes de un Interludio

También hubo muchas veces que, en vacaciones, mi papá y yo nos salíamos del pueblo para ir a una presa cuyo nombre no recuerdo. Nos íbamos por las tardes y llegábamos a la tienda para comprar comida como fritos, jugos o refrescos, hacíamos aproximadamente una hora de camino en su Chevy blanco. Era un largo camino desértico donde casi

no había casas por los alrededores y muy pocos carros se hacían pasar. Recuerdo que teníamos que pasar por las vías de un tren, una vez incluso le ganamos el paso llegando a estar muy cerca, fue un momento algo arriesgado pero emocionante. Pero no me importaba lo peligroso o largo que fuera el camino, al final me sentía realmente feliz por estar con mi padre al lado.

Cuando llegábamos a la presa buscábamos un lugar para sentarnos, muchas veces en el zacate, y mientras mirábamos el agua de la presa, yo comía los fritos que mi papá me compraba en la tienda antes de salir. También, hablábamos y nos reíamos de como dejábamos a mi mamá, y a mi hermano (que había llegado a ser parte de la familia hace apenas dos años) en la casa, siempre esperábamos a que se quedaran dormidos para salir sin que se enteraran y, cuanto regresábamos, seguían durmiendo y ni cuenta se daban de que salíamos. Era muy gracioso hablar de cómo íbamos a muchos lugares sin que mi mamá pudiera darse cuenta, y ella pensando que estábamos en la sala jugando tranquilamente.

En esos momentos, vivíamos en una pequeña casa de renta, que mis padres debían pagar cada inicio de mes para poder seguir estando en ella, mientras en otra colonia estaban haciendo lo que actualmente es la casa en la que vivimos. Mis papás cada que podían invertían para terminar la casa lo antes posible y así dejar de pagar renta. Recuerdo que el día que le pusieron el techo a la casa, mi papá estaba muy emocionado al ver como por todo lo que se habían esforzado durante estos años estaba, cada vez, más cerca de ser una realidad.

En cuanto a la música, mi papá seguía yendo a sus tocadas y seguía habiendo ocasiones en las que me llevaba con él, y cada vez me sentía más intrigado por la guitarra,

que era su instrumento y empezó a despertar una gran curiosidad en mí. Me parecía un instrumento muy genial y el querer aprender a tocarlo me parecía algo muy bueno. No fue hasta un día del niño en el que mi papá me regaló la guitarra que, aunque actualmente está rota, con las cuerdas desgastadas y una que no he cambiado, la sigo usando para seguir aprendiendo canciones, pero en ese momento me sentí muy emocionado al ver una guitarra como regalo, el saber que podría ser casi tan bueno como mi papá me llenaba de emoción y motivación para aprender sobre esto. Días después, mi papá dispuesto a enseñarme, me explicó cómo formar acordes, qué cuerdas y trastes debía pisar y qué dedos usar, aunque al principio ni siquiera pude sacarle un sonido a la guitarra, con el tiempo pude formar acordes como Sol, Do y Mi menor. Después de eso pude ir aprendiendo más conceptos y habilidades, ahora me salía con claridad el círculo de sol con sus 4 acordes y eso me hizo sentir motivado para seguir aprendiendo.

Todos estos momentos son lo que defino como el inicio de una conexión especial entre padre e hijo, sobre todo por la importancia que la música tuvo para que ésta se pudiera dar; el compartir enseñanzas musicales siento que es una gran oportunidad para descubrir una pasión, que estoy seguro de que en el futuro tendrá grandes oportunidades. Era este el inicio de muchos grandes y buenos momentos que vendrían a nuestras vidas y que recordaríamos por el resto de ellas. Pero un viernes por la mañana, simplemente toda motivación para cualquier actividad se fue.

Marzo del 2017 – Interludio, El Último Día del Año

La muerte del único y mayor ejemplo a seguir en la vida de una persona, representa una de las experiencias más profundas y transformadoras que uno puede enfrentar. Sin embargo, para esto es la vida y el mismo ejemplo a seguir es quien prepara a la persona para una despedida a lo largo de los años y las experiencias, ésta siempre debería llegar después de la mitad de la vida de una persona, ya que es durante esta primera parte donde se viven los momentos de conexión inquebrantables y se prepara a través de experiencias y reflexiones para seguir el camino que su ejemplo a seguir le dejó. Es durante esta primera parte de la vida donde se acumulan los recuerdos de momentos, lecciones, enseñanzas y reflexiones que el ejemplo a seguir le otorga al sucesor para que, cuando él ya no este, éste pueda seguir sus pasos por su propia cuenta. La muerte es uno de los temas más complicados de abordar.

Nunca supe en realidad lo que pasó esa noche y tampoco me atreveré nunca a preguntarlo, pero fue a la mañana siguiente, un viernes, el cual se me hacía un gran día, ya que habría posada en mi escuela y yo me sentía emocionado por pasar tiempo con mis amigos. Sin embargo, yo escuchaba a mi madre llorar de fondo, en la sala, mientras le rezaba a un cuadro de la virgen, yo confundido simplemente seguí alistándome para ir a la escuela, siempre notando la ausencia de mi papá esa vez en la casa. Mi mamá condujo, a lo que yo pensaba que sería ir a dejarme a la escuela como cualquier otro día normal, pero, en lugar de ir a la escuela, fuimos hacia la casa de mis abuelos y fue la primera, y única vez, que vi a mi abuelo con los ojos humedecidos. Yo realmente estaba muy confundido y asustado sobre lo que estaba pasando, solo tenía siete años, pero no fue hasta

entrar en la casa, y ver las noticias de la televisión: el Chevy blanco de mi papá destrozado, el mismo en el que fuimos a todas las tocadas, el mismo en el que escapábamos del pueblo para ir a la presa y pasar el tiempo, roto en una carretera en Sabinas Hidalgo, lugar que está a una hora en auto de nuestra casa.

Durante los siguientes meses solo recuerdo que todo estuvo en pausa, la casa que mis papás construían estaba abandonada, la guitarra que mi papá me regaló se quedó guardada en el closet y con ella, todo lo que me enseñó, y la felicidad de todos los momentos que pasábamos juntos ya no era felicidad. Después de eso, no tengo recuerdos muy claros, se sentía como si el año hubiera terminado al ir empezando.

13 de octubre del 2024 – Cierre, ¿Debería estar aquí?

Es una noche, como todas las demás, cuando estoy escribiendo esto, y realmente el haber visto todo esto más detenidamente, me ha hecho pensar en todas las oportunidades que pudieron haber surgido si mi padre me hubiera seguido enseñando sobre la música, si me hubiera seguido llevando con él a sus tocadas, tal vez, ahora, en otro universo, estaría tocando con él frente a muchas personas, en lugar de estar escribiendo esta crónica.

También, durante estos años, descubrí que mi papá grabó un disco de doce canciones con su grupo, el cual puedo decir ahora que es mi álbum musical favorito y siempre espero a que mi hermano lo ponga en el estéreo del carro para escucharlo.

Actualmente, me siento satisfecho con lo que he aprendido por mi propia cuenta, tan solo hace dos años

que retomé la música y quise comenzar a verla de la misma manera que mi papá la veía, aprendí de manera autónoma a tocar la guitarra, el piano y el bajo quinto, misma guitarra y bajo quinto que mi papá siempre utilizó para sus tocaditas y para tocar todas las canciones que alguna vez le pedí que tocara cuando podía hacerlo. Estoy seguro de que, si él pudiera ver todo lo que ahora he hecho, estaría orgulloso de mí, por todo lo que él quiso que yo llegara a ser algún día, pero también estoy seguro que si él no hubiera salido de casa aquella madrugada, yo sería mucho mejor persona de lo que podría llegar a ser ahora.

LEGADO DE UNA GRAN FAMILIA VIDA Y OBRA DE MANUEL MONTEJANO (1921-1996)

Leslie Joyce Montejano Martínez
Seudónimo: Montemar

Categoría Senior

Introducción

La vida nos enseña que debemos disfrutarla, cada palabra, esfuerzo, trabajo obrado para bien marcará el camino de las nuevas generaciones. La presente crónica narra la historia de quien en vida marcó un legado de convivencia y armonía; teniendo presente que la familia es lo más importante, una vida de esfuerzos y sacrificios al salir de su lugar natal para adaptarse a las exigencias de una gran ciudad.

Desarrollo

Nacimiento y juventud. Manuel Montejano Cortez nace el 21 de abril de 1921, en el pueblo de La Yerbabuena, San Luis Potosí en dirección al sur de la localidad, la cual actualmente tiene la mayor población dentro del municipio de S.L.P. Fue hijo de Hilario Montejano (quien fue presidente municipal de Villa de Santo Domingo) y de Modesta Cortez.

Su familia tuvo lo necesario en su hogar, pero en su adolescencia se dedicó a trabajar en la labor (campo) para

aprender a ganar dinero. Tiempo después emigró a la ciudad de Monterrey en busca de nuevas oportunidades estableciéndose en la Col. Moisés Sáenz en el municipio de Apodaca, Nuevo León.

Matrimonio. Durante su juventud en S.L.P., conoció a la señorita Amparo Salazar Sánchez, hija de Félix Salazar y Concepción Sánchez, con quien contrajo nupcias en septiembre de 1940, ambos muy jóvenes de 19 años de edad, procrearon 12 hijos en total a quienes nombraron: Isidro (†), Lilia (†), Eloísa (hija fallecida al nacer), Julián, Jesús (†), Manuel, Eloísa (retomando nuevamente el nombre de su difunta hija), Arturo, Víctor, Héctor, Carmen y Ricardo. Durante su estancia, en su tierra natal, tuvieron a sus hijos, algunos nacidos en Yerbabuena, Charcas, Sto. Domingo, pueblos de aquel lugar; tiempo después, Manuel juntó a su familia, emigró a la colonia Moisés Sáenz, mejor conocida como “La Frausto”, donde echaron raíces y disfrutaron de los mejores años.

Trabajo. Manuel, como padre de familia y proveedor del hogar, se dedicó a trabajar en Vivienda de Desarrollo Urbano (VIDUSA) cumpliendo el oficio de contratista, teniendo a su cargo a trabajadores que lo ayudaban en la construcción de grandes obras públicas, así como de alcantarillas y drenajes en diferentes municipios, tales como San Nicolás de los Garza y Monterrey por mencionar unos cuantos. Algunos de sus nietos mayores lo describen como buena persona y estricto a la vez, ya que sabía ser justo con sus trabajadores.

Unidad familiar. Él tenía claro que la familia siempre fue primero, por ello se dedicó a forjar e inculcar valores en sus hijos para hacer hombres y mujeres de bien; durante los años venideros, aproximadamente entre los años 70's y 80's, convivía cada año con sus hijos y sus familias en

festejos de fin de año donde las mujeres de la familia se encargaban de preparar tradicionales platillos como lo es el asado de puerco, mole con arroz, pozole y menudo; eran algunos de los exquisitos aromas que envolvían aquel hogar, además acompañados de una excelente convivencia familiar y música en vivo, fue una familia que disfrutó y gozó el compartir y vivir la armonía familiar.

Conclusión

El adiós a un gran legado. Desafortunadamente, Manuel fallece a los 75 años de edad, en el año de 1996, de muerte natural, dejando a su esposa e hijos con un vacío en el corazón. Su esposa, Amparo, quedó a cargo de su familia, orando por cada hijo, nieto y bisnieto que fuese a buscarle durante 19 años más, ella dejando este mundo a los 94 años de edad, en el año 2015. Un gran legado de unión y convivencia familiar quedan en los recuerdos de sus hijos y nietos, que aún se transmite en las generaciones descendientes. Actualmente la familia ha crecido en gran medida, contando con aproximadamente 54 nietos, 99 bisnietos y cerca de 30 tataranietos que forman parte de esta historia.



Fotografía real de los años 40.



Fotografía real al término de sus días.

NO TE HAS IDO, SÓLO TE HAS MUDADO A MI CORAZÓN

Evelia del Carmen Boeta López
Seudónimo: Mandy Monet

Categoría Senior

Te amé aún sin conocerte, aún sin que te formaras todavía en mi vientre, aún antes de concebirte, incluso antes de imaginarte. Esa prueba rápida, la rayita que se coloreaba y denotaba la presencia de una hormona, que se produce cuando existe una concepción, la esperanza viva, la certeza sutil de la formación de una nueva vida, llenó mi alma de alegría y agradecimiento. Te buscamos durante años, recurrimos a diversos tratamientos para que llegaras; seguramente estabas esperando el momento exacto, el tiempo correcto para voltear nuestras vidas de cabeza y llegar con esa luz que iluminaba todo, con esa sonrisa que llenaba con mil sensaciones y emociones cada momento, con esa inocencia que procedía del cielo, ese cielo a donde regresaste 12 años después.

Llegaste un 2 de febrero, iniciando el milenio, en un día frío, pero a la vez lleno de calor y emoción por conocerte, por ver tus pequeñas manitas y sentir tu aliento cerca de mi corazón. Fuiste un bebé muy esperado, deseado y amado por todos los que te conocieron. Aprendí paso a paso a ser madre gracias a ti, y vaya que no me fue fácil, pero fuiste el mejor maestro y me acompañaste en ese camino, me enseñaste lo más importante que he aprendido en la

vida: a amar incondicionalmente. Fuiste ese motor que impulsó a nuestra familia y que llenó con su energía todos los instantes y todos los espacios. Rayito, te decíamos todos, diminutivo de tu nombre igual al de tu padre y tu abuelo, y que representa fielmente lo que fuiste y lo que sigues siendo para todos los que te conocimos, un rayito que nos ilumina y nos llena con su amor.

Recuerdo que no podías gatear y yo me preocupaba mucho por eso. “El bebé tiene que gatear” me decían las maestras de la guardería y te poníamos en la alfombra a hacer ejercicios. Panza abajo como una ranita y nada que gateabas... y de repente, ¡empezaste a caminar! Te brincaste el gateo y ya querías correr. Así viviste, de prisa, corriendo, queriendo comerte al mundo. Hablaste pronto “bla, bla” dijiste cuando tenías meses e íbamos de viaje en el auto; y de ahí no paraste, seguiste con “mamá”, “papá” y muchas otras palabras que incluso te crearon algunos problemas en el kínder, como cuando un niño te delató con la maestra que habías dicho una palabra rara, una mala palabra. La maestra se acercó contigo y te preguntó lo que habías dicho “dije excepto, maestra, les decía a los niños que todos los colores me gustan excepto el rosa”. Ella estalló en risas y luego nos comentó el suceso: “Sus compañeritos aún no conocían esa palabra”.

Fuiste un gran lector en tu corta existencia, te compraba libritos de cuentos clásicos y ya no cabían en el librero que tenías en la cabecera de tu cama. Te gustaban las revistas, los videojuegos y las películas. Eras un niño sensible y amoroso; lloraste a mares cuando por desconocimiento bañaste unos ratoncitos y se te murieron, y cuando se te fue el pez por el resumidero, y cómo olvidar cuando se enfermó tu hámster Rocky y luego murió. Desconsolado por las pérdidas, con tus emociones a flor de piel, sufrías

por los animalitos. Cuando adoptaste un gatito flacucho y débil, lo alimentaste y trataste de que viviera en vano... y cómo lloraste la pérdida de Garrita, ese gatito que ya estaba destinado a partir. Eras un ser humano tan bello y perceptivo, que creo que por eso partiste pronto... tenías otras misiones que cumplir en otro ámbito que no era este mundo insensible y duro. Tu alma noble era más parecida a un ángel en esta Tierra.

Así creciste, mi Rayito hermoso, entre el colegio, los juegos, las tareas y la diversión. Con momentos buenos y otros no tanto, dejando huella en cada paso que dabas en tu camino. Querías tener amigos, querías ser amado y que te dieran mucho cariño, como tú lo hacías con los demás. Esto nos llevó a buscar espacios para que te desarrollaras, conocieras otros niños y aprendieras a amar la naturaleza. Aprendiste a nadar, fuiste varios años junto con tu hermana a clases en las que yo me sentía segura de que supieras defenderte bajo el agua. ¡Cómo te encantaba lanzarte en la alberca! Te recuerdo al final de las clases, paradito con tu gorra y tus “googles” y esas chanclas viejas que cubrían tus pies mojados, tu mochila en la espalda, esperando en la salida de los vestidores a que saliera con tu hermanita para irnos. “Quiero una mangonada” decía tu hermana, una paleta de hielo o algunas frituras, teníamos que comprar alguna golosina; y luego el regreso cantando con la radio, cansados y felices. Retrato en mi memoria esas escenas de la vida cotidiana que hoy añoro y guardo celosamente en el fondo de mi corazón.

Formabas parte de los Scouts, cada sábado aprendías cosas nuevas que te permitían conocer la naturaleza y convivir con otros niños. Te gustaban los campamentos, instalar la casa de campaña, jugar en el campo y tener retos. Los retos siempre te gustaron y tú querías ser querido,

aceptado por tus padres. Disfrutabas la naturaleza y eras un niño feliz, pleno, lleno de vida. Quiero pensar que así fue el día que partiste, que disfrutaste hasta el último momento, que ni siquiera te percataste del momento en que te convertiste en un ángel; ese instante en que tu luz te la llevaste contigo al cielo y nos dejaste en este mundo en una inmensa oscuridad.

Existen grandes misterios en la vida. La vida misma es un misterio, no sabemos por qué vivimos ni por qué morimos, y cuando una luz tan amada se extingue, el fruto de tu vientre, el niño de tus ojos, tu razón de vivir; no encuentras respuestas, ni razones que den alivio a tu sufrimiento y es sólo a través del tiempo y del amor mismo que empiezan a aparecer destellos y poco a poco recuerdas, valoras y comienzas a agradecer el tiempo compartido, el privilegio de haberte conocido, de haber visto tus primeros pasos, tu sonrisa alegre, de haber tratado de peinar esos dos remolinos en tu rebelde cabello, de haber jugado contigo al “guitar hero” y al “wii”, de haber cantado contigo “pa panamericano” y otras canciones de moda en aquellos años, de haber reído a carcajadas por tus chistes y de haber llenado mi vida de tantos momentos inolvidables, y paulatinamente llega la luz a mi corazón. Esa luz tuya que nunca se fue, solo se escondió dentro y permaneció latente, permitiéndome seguir respirando.

Y entonces vivo y te agradezco, mi Rayito, haber compartido conmigo tus 12 años de vida. Un soplo de viento, un pestañeo en la eternidad, pero a la vez, un amor que nunca muere y le da sentido a todo lo que existe. Caigo en la cuenta de que no te has ido, nunca te fuiste...sólo te has mudado a mi corazón y tu luz, mientras yo viva, ilumina mi camino...

*Por tu mama (sin acento, como tú me llamabas)...
Dedicado a Rayito, hijo amado (febrero 2 de 2000 - septiembre
10 de 2011)*

Acróstico a mi hijo:

Recuerdo tu franca sonrisa y tu mirada honesta
Andando por la vida con la inocencia auestas
Yendo por el mundo cargado de ilusiones,
Iluminando con tu amor a muchos corazones;
Todos los momentos que compartimos, amado hijo,
Otorgan sentido y eterna gratitud por haberte conocido.

RECUERDOS DE PABLA VALADEZ: UNA HUELLA IMBORRABLE DEJADA EN EL CORAZÓN DE SU FAMILIA

América Abigail Ramírez Gutiérrez
Seudónimo: Kaori Faith

Categoría Junior

Camino hacia el cuarto de mi abuela, buscando algo que mi mamá me pidió, avanzo en la oscuridad hasta llegar al interruptor de la luz y lo enciendo. Busco lo que mi mamá me pidió, pero me detengo en el momento en que veo una foto que llama mi atención. La observo durante unos minutos, es mi bisabuela Pabla.

—América —mi mamá me habla desde la puerta-, te estoy esperando, ¿qué haces?

—Estaba viendo la foto -señalo la foto. Mi mamá se acerca y mira la foto.

Después de unos segundos de silencio hablé:

—¿Recuerdas algo de ella? -pregunté con curiosidad.

—Algunas cosas... -se puede escuchar el tono nostálgico en su voz... —¿Quieres que te cuente de ella?

—Me gustaría, no recuerdo nada de ella.

Mi mamá se sienta en la cama y me hace un gesto para que me siente a un lado de ella.

—Ella fue una abuela muy cariñosa, de carácter fuerte, siempre alegre y a veces enojona... -hace una pausa- Era muy buena cocinera, todo lo que cocinara le quedaba rico. Le gustaba tejer y bordar, hacía servilletas, de las que van en los muebles. Fumaba y bebía mucho también, le decía mamá Pabla, de cariño.

Mi mamá hace una pausa, como si tuviera un nudo en la garganta.

-Recuerdo que cuando era pequeña íbamos a visitarla, juntaba a todos los nietos alrededor de una estufa de leña y comenzaba a contar historias de terror... -pausa-.

-Para ir al baño teníamos que pasar por un árbol enorme que estaba en el centro y en las noches me aterraba pasar por el árbol por todas las historias que contaba, -ríe débilmente-.

Se escucha que alguien se acerca, levanto la vista y veo a mi tío Saúl.

-¿Qué hacen? Las estamos esperando afuera -se acerca a nosotras-.

-Mi mamá me estaba contando de mi mamá Pabla.

-América dice que no recuerda nada de ella, y le estoy contando algunas cosas... -mi mamá continúa-.

-Ya veo, yo tengo un recuerdo muy presente. Una vez me llevó con ella a trabajar la tierra, estábamos pizcando maíz, ella iba en el tractor y yo caminando echando el maíz al remolque; ella estaba cantando una canción que nunca se me va a olvidar, la canción se llama "cuando salgo a los campos" de Antonio Aguilar, -mi tío Saúl sonríe ante el recuerdo-.

-Yo también puedo contar un recuerdo -dice mi tío Jonny, el cuál ni siquiera escuché llegar.

-En navidad, íbamos a la sierra a buscar el pino, y cuando encontrábamos el indicado, mi papá Pedro lo cortaba.

-¿Festebaban navidad? -pregunté-.

-Sí, la familia de parte de mi mamá Pabla era de festejarla. -me contesta mi mamá... -Se escuchan pasos.

-¿Qué hacen todos metidos aquí? -es mi tío Yovani-.

-Hablando de mi mamá Pabla -contesté-.

–Ella era una gran cocinera, recuerdo que cuando me levantaba temprano para ir a trabajar la tierra, me hacía de desayunar y siempre con todo el cariño y quedaba la comida bien rica -dice mi tío Yovani, seguido de eso, camina hacia la cama para sentarse-.

–También en los quinceaños de tu mamá -comienza mi tío Saúl-, –bailé con ella y tengo foto... -saca su teléfono y me enseña la foto-.

–Ella siempre se vestía con falda y reboso, siempre, sin importar el clima -comenta mi mamá-.

Antes de poder decir algo se escucha a mi papá gritando mi nombre, así que me levanto y salgo de la habitación.

En la habitación se puede escuchar el sollozo de mi mamá, quien había estado conteniendo un par de lágrimas; mi tío Saúl coloca su mano en el hombro de mi mamá para reconfortarla; mi mamá, se limpia las lágrimas, se levanta y les hace un gesto a sus hermanos para que la sigan.

Caminan hasta el patio de la casa, donde esta toda la familia reunida...



*Me hubiera gustado haber hecho recuerdos con usted, haberla conocido mejor.
Aún así le tengo y tuve un gran aprecio... Donde quiera que esté, recuerde que
su familia siempre la amará y atesora su recuerdo...*

RECUERDOS DE ABUELITA TRINI

Citlalic Alejandra Morales Ríos.

Seudónimo: Vigía Celestial

Categoría: Juvenil

Recuerdo vívidamente aquellos momentos con mi abuela, María Trinidad Garza. Una melodía que evoca una serie de palabras armoniosas: María, un nombre tan cotidiano y cálido; Trinidad, un concepto que equilibra lo terrenal y divino; Garza, un apellido tan elegante y sereno que la describía perfectamente.

Allá por el año 2016, sobre un sillón viejo y desgastado que ahora guarda mil memorias y un profundo silencio, estaba sentada una señora de mayor edad frente a mí. Mis pequeñas manos se deslizaban sobre su suave cabello corto, tan dulce como la miel, que lograba coronar a la perfección su cabeza. Aunque eso no fue suficiente para mí en aquel entonces, me entretuve mucho tiempo jugando con su cabellera. Ella estaba muy tranquila, como siempre, incluso cuando su cabello lacio parecía una fruta puntiaguda. Cada mechón de cabello corto estaba atado con ligas de mil colores por mí, y sin embargo, no estaba molesta. Ella siempre reía, disfrutaba de mi compañía como nadie más lo hacía.

Cada sábado, esperaba con ansias verla de nuevo y gritar “¡Abuelita Trini!” Mientras corría para abrazarla, al entrar a la casa siempre la encontraba en el mismo lugar. Vivía sus

días sentada en ese pequeño sillón en medio de la sala, la pared detrás de ella estaba adornada por una pintura vieja, pero con un paisaje hermoso y lleno de vida que reflejaba su propia esencia. Ese estado de quietud que tenía todos los días solo era reflejo de todas las aventuras que vivió en su juventud; cómo le encantaba bailar con toda el alma, incluso sentada, durante las reuniones familiares movía su torso con alegría y pasión cada vez que escuchaba la música sonar.

Sus gafas, que enmarcaban su rostro, solo transmitían el reflejo de innumerables historias y momentos entrañables. Incluso, mientras estaba sentada, lograba enseñarme todas las buenas virtudes que ella adquirió como la valentía, la amabilidad y la bondad. Yo, sentada a su lado en cada visita, escuchaba atentamente sus profundas conversaciones, que parecían tan simples como encargarse algo de comida; como cuando me compartía de sus deliciosas enchiladas suizas, un platillo que solo ella logró mostrarme.

La rutina continuó, y aun así nunca logré cansarme. Con el tiempo, las visitas comenzaron a cambiar. Comenzó a tener un frasco de pastillas siempre a su lado; hicieron un cuarto solo para ella donde duraba horas sentada con un tubo conectado a su piel. Ya no podía comer todo lo que ella quisiera, incluso esas deliciosas enchiladas.

En la cena de Navidad, ella miraba expectante los platillos en la mesa, con unos ojos llenos de ternura y esperanza, pero lo que siempre recibía era un “No puedes comer eso, acuérdate”. Yo, en mi inocencia, le preguntaba a mi mamá: “Mamá, ¿por qué no le dan de comer a mi abuelita también?” Y recibía una respuesta igual de genérica y sin sentimiento, a lo que yo no entendía la gravedad de la situación.

Sin embargo, siempre lograba convencerme para hacer esas divertidas travesuras por ella. “Ven, mijita, tráeme

ese pan con azúcar de la mesa”. Yo lo hacía con gusto; quería que ella comiera lo que quisiera y viviera como quisiera, algo que siempre hizo hasta su último respiro. Sin embargo, al final, ambas terminábamos siendo regañadas. Me decían que solo ayudaba a que empeorara, pero ¿cómo? Si simplemente le daba lo que más le gustaba comer, lo que dibujaba una sonrisa gentil y honesta que colgaba de las comisuras de su boca. Verla así era lo mejor para mí. A ella nunca le importó que la regañaran; si algo quedó claro en esa mujer es que siempre fue terca, y yo, su fiel cómplice.

Nunca pensé que esa sería mi última Navidad con ella, la última donde todos sonreían y reían a su alrededor. Llegó la cuarentena y su condición empeoró. Un día nos dijeron que su cuerpo no había soportado más; fue llevada al hospital mientras todos se encontraban ansiosos por la situación. Lo recuerdo perfectamente como si hubiera sido ayer, pasaron aproximadamente cuatro días, y un 12 de septiembre de 2020, en una fatídica hora del mediodía, llamaron para avisar de una manera árida que su corazón había dejado de latir y su hermosa presencia había dejado esta tierra. Debo decir que en ese momento no sentí nada, no lloré, no me puse triste; simplemente estaba sorprendida. Se había ido de este mundo y ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme.

El día de su funeral, nos dejaron entrar, ya que “los niños ya no iban a llorarle a sus abuelos”. Cuánta razón. Ese día yo seguía jugando inocentemente con mis primos; de vez en cuando, echaba una mirada curiosa a su ataúd. Aún recuerdo su rostro, su piel blanca ahora lucía pálida, sus ojos cerrados tranquilos, suaves mechones de cabello caían por su rostro, aunque no más con el mismo brillo de antes, y como siempre, bien vestida como la señora fina que siempre fue.

Después de unas horas, llegamos al cementerio, caminé dudosa y curiosa detrás de todos mientras su ataúd abría paso al centro del lugar. Comenzaron a dar sus últimas palabras; seguía lloviendo profundamente mientras todos estábamos alrededor del ataúd. Las lágrimas de todos corrían por sus mejillas; la muerte, quién sostenía mi paraguas, me habló: “incluso Dios está llorando por la ausencia de tu abuela en la tierra”. Miré a la muerte con ojos inocentes y levemente molestos: “él la tiene en el cielo ahora, ¿por qué llora entonces?” La muerte me miró expectante con su rostro indescifrable.

Miramos de nuevo el ataúd; finalmente sentí lágrimas recorrer mi rostro cuando el llanto de todos llenó el lugar. Mi madre me abrazó, y encontré más tristeza en sus brazos. Me sentía culpable; la amé tanto, y ninguna mísera lágrima que salió de mis ojos en aquel momento dolió tanto como las que caen por mi rostro ahora que escribo esto.

Ese día arrojé una última rosa a su tumba; recordé todas las veces que siempre le regalaba flores. Observé el lugar donde permanecía su cuerpo, suave y cálido, uno que estaba ahora frío e inmóvil y nunca más volvería a abrazar. Aún recuerdo su sonrisa, su rostro, su actitud, y me da miedo que algún día olvide incluso su voz, un día que sea tan sabia y longeva como ella, algo que ahora está levemente borroso en mi memoria. Pero sé que, si la amo con todo el corazón, nunca desaparecerá de mis recuerdos.

Después de tanto tiempo, este 2 de noviembre dejaré una pieza de pan azucarado en la mesa, justo donde solía tener sus pastillas, que ahora están vacías, junto a la felicidad en la casa, sobre aquel mostrador de madera que ahora porta una imagen de su cálido rostro.

Sé que en el cielo puede comer todo lo que quiera, pero aquí en la tierra seguiré extrañando todas esas visitas por

los sábados, sentadas una al lado de la otra, compartiendo momentos que ahora son lejanos recuerdos. Aunque sea por un solo día del año puedo volver a verla de nuevo y honrar su memoria. Mis ojos ya no pueden encontrarla frente a mí como antes, pero sé que siempre estará conmigo, mirándome desde el cielo, cuidando de mí como lo hizo en vida.

Aún te extraño, abuelita.



Morales, A. (2017) María Trinidad Garza, una mujer de corazón. [Imagen de abuelita Trini sonriendo en la sala de su casa, junto pintura mural.] Av. Las Puentes, San Nicolas de los Garza, Nuevo León. Fuente: Archivo familiar.

VÁMONOS QUE AQUÍ ESPANTAN
¿QUIÉN FUI? ¿A QUIÉN AMÉ? ¿CÓMO
ME RECORDARÁN? ¿SOSTUVE LA MANO DE
ALGUIEN?
EN MEMORIA DE ANDRÉS DIMAS
RODRÍGUEZ

Andrea Yazmín Dimas Martínez
Seudónimo: Min

Categoría Juvenil

Andrés Dimas Rodríguez (1985 – 2019)

● Quién fui? ¿A quién ame? ¿Cómo me recordaran?
¿Sostuve la mano de alguien?

Nací el 11 de octubre de 1985 en San Pedro Garza García, Nuevo León, México; viví con mi madre y mis hermanas. Solía jugar con mis hermanas a quienes llamaba por apodos de cariño, sandunga a Sandra mi hermana mayor; kariloca a Karina que seguía de mí y pochonga a Sarahi mi hermana menor. Llevé una infancia donde defendía a mi madre Susana de las violencias de mi padre.

Cursé el preescolar y la primaria e incluso participé en asambleas y festivales en esos años, siempre fui muy extrovertido y parlanchín, pero también muy desobediente, era muy inteligente, sin embargo, siempre me ganaba mi pereza pues entendía todo y sabía hacerlo con solo verlo o imaginarlo una vez, pero no entregaba mis trabajos, debido a eso tenía malas calificaciones y mi madre me sacó de estudiar en segundo año de secundaria.

Comencé a trabajar desde los 12 años como ayudante en puestos de tacos y otros negocios que conseguía por

donde vivía. Al cumplir los 18 años migré a Estados Unidos a vivir con mi padre un tiempo, al cumplir 20 años regresé a México, llegué a vivir con mi hermana mayor Sandra, mi querida hermana sandunga.

En el año 2007, conocí a Jesyca Yazmín, me enamoré de ella en cuanto la vi, la pretendí y con el paso del tiempo formalizamos una relación. En 2008 nació nuestra primer hija Andrea Yazmín, y me hice responsable de la paternidad. En un principio fue difícil, tuvimos dificultades económicas, pero juntos salimos de todo eso y formamos nuestra familia, que se hizo un poco más grande con la llegada de mi pochongo, nació años después, en 2014, mi segundo hijo Gerardo David.

Fui un padre estricto, académicamente, pero muy consentidor a su vez, pasaba tiempo con mis hijos ayudándolos con sus tareas o saliendo a pasear.

Trabajé de taquero por cuatro años, hasta que decidí empezar a trabajar en una empresa. Estuve ahí por seis meses por el año 2018. Iniciando 2019, mi esposa y yo decidimos separarnos debido a muchas peleas y desacuerdos. Sufrí mucho cuando ella tomo esa decisión; extrañé a mis hijos y a mi esposa. No hubo día en que no pensara en ellos. Desde el 13 de enero, el día en que me fui de la que solía ser nuestro hogar, ahora solo su casa, me mudé a casa de mi madre.

Los busqué, intenté arreglar las cosas, pero ya todo estaba hecho y la decisión había sido tomada. No había forma de volver a lo que éramos cuando estábamos bien, juntos. Me resigné, me alejé de mi familia, cuidé de mi madre y pasé el resto de mi tiempo con mis sobrinos y hermanas.

Llegó el cumpleaños de mi hija, el 19 de junio. ¿Cómo la estará pasando? ¿cómo están? Una vez las cosas se calmen y tenga trabajo, los buscaré de nuevo...

28 de junio de 2019, está frío y oscuro, no siento mi cuerpo, ¿dónde está?, ¿dónde estoy?, ¿y mis hijos?, ¿y Jesyca?, ¿a dónde voy?... Fallecí ese día en un asalto, en el centro de Monterrey.

Sé que en vida fui un hijo, un hermano, un esposo y un padre, amé a mi familia con todo lo que pude dar y ser capaz de sentir, sostuve la mano de quienes amé, pero tristemente no pude sostenerlas por tanto tiempo; lo siento. “Ya me voy que aquí espantan”, diría si pudiera...



Andrés Dimas en su graduación de preescolar en 1991.



Andrés Dimas con su familia (2015).

ANEXO FOTOGRAFICO

CEREMONIA DE ENTREGA DE RECONOCIMIENTOS
DEL CERTAMEN LITERARIO “RECORDANDO A LOS
DIFUNTOS”.

PREPARATORIA 17, 31 DE OCTUBRE DE 2024



*De izquierda a derecha: Mtro. Oziel Quirino Rodríguez Serna, subdirector académico de la Preparatoria 17; Lic. Dinorah Zapata Vázquez, coordinadora del Centro de Información de Historia Regional; y Lic. Antonio Ramos Revillas, director de Editorial Universitaria.
Fotografía: Ana Cesira Alvarado Zapata.*



*Miembros del jurado calificador. De izquierda a derecha: Prof. Juan Ramón Garza Guajardo, Mtra. Susana Julieth Acosta Badillo y Lic. José Ricardo Treviño Chavarría.
Fotografía: Ana Cesira Alvarado Zapata.*



*Asistentes de la ceremonia de entrega de reconocimientos.
Fotografía: Ana Cesira Alvarado Zapata.*



*Autores de las crónicas seleccionadas en la categoría juvenil.
Fotografía: Ana Cesira Alvarado Zapata.*



Autoridades universitarias y autores de las crónicas seleccionados en las categorías juvenil y senior.

Fotografía: Ana Cesira Alvarado Zapata.



Autoridades universitarias, miembros del jurado calificador y autores de las crónicas seleccionadas en las categorías juvenil y senior.

Fotografía: Ana Cesira Alvarado Zapata.

ÍNDICE

Prólogo.../9

Almas Gemelas.../13

Angélica Guadalupe Ontiveros de la Rosa

Seudónimo: Joujou

Categoría Juvenil

Recordando a Mamá Tita.../17

Mtra. Mirta Treviño de la Garza

Seudónimo: Lady Dimond

Categoría Senior

Es posible vivir un siglo en 47 años.../23

Cecilia Espinosa Boeta

Seudónimo: C. Boeta

Categoría Senior

La Estrella que Nunca Pudo Brillar.../27

Oscar Eduardo Villanueva Rico

Seudónimo: V-Anzu

Categoría Juvenil

La estructura de una canción.../31

Bernardo Vázquez González

Seudónimo: Oscar Schmidt

Categoría Juvenil

Legado de una gran familia, Vida y obra de Manuel Montejano (1921-1996).../43

Leslie Joyce Montejano Martínez

Seudónimo: Montemar

Categoría Senior

No te has ido, sólo te has mudado a mi corazón.../47

Evelia del Carmen Boeta López

Seudónimo: Mandy Monet

Categoría Senior

Recuerdos de Pabla Valadez: Una huella imborrable dejada en el corazón de su familia.../53

América Abigail Ramírez Gutiérrez

Seudónimo: Kaori Faith

Categoría Juvenil

Recuerdos de Abuelita Trini.../57

Citlalic Alejandra Morales Ríos

Seudónimo: Vigía Celestial

Categoría Juvenil

Vámonos que aquí espantan ¿Quién fui? ¿A quién ame? ¿Como me recordaran? ¿Sostuve la mano de alguien?... En memoria de Andrés Dimas Rodríguez.../63

Andrea Yazmín Dimas Martínez

Seudónimo: Min

Categoría Juvenil

Anexo Fotográfico.../67

MEMORIAS: “Recordando a los Difuntos”, compilación de **Dinorah Zapata Vázquez y Juan Adán González Villarreal.** Se terminó de formar en el mes de septiembre de 2025 en el Centro de Información de Historia Regional-Hacienda San Pedro. En su composición se utilizaron tipos New Baskerville de 8, 9, 10, 11, 12, 14, 18, 24, 30, Trajan Pro 12, 14, 16 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Alison Gwyneth Torres Cárdenas y de los autores. Formato electrónico y portada de Héctor Manuel Pérez Martínez.